

la calle de Almagro y una lápida en la casa donde naciera.

Por entonces fue cuando nosotros le conocimos y le tratamos con intimidad. Poseía Don Tiburcio una bien nutrida biblioteca, con predominio lógico de libros religiosos y tratados dogmáticos, pero abundante asimismo en diccionarios clásicos de ya agotadas ediciones y en volúmenes de ciencia varia, filosofía, arte e historia. La historia, sobre todo, apasionaba a Don Tiburcio. Conocía al detalle la de su «Daimiel de Calatrava» e indagaba datos, revolvía archivos y buscaba lápidas e inscripciones para demostrar su origen de la época romana, de lo que estaba firmemente convencido. Lazos de común afición nos unían—además de vínculos entrañablemente familiares—y nuestras charlas sobre Daimiel, su origen y vicisitudes, se prolongaban durante horas. Aún conservamos, como preciado recuerdo, su regalo de un volumen titulado «Crónica de las tres Ordenes y Cauallerías de Santiago, Calatrava y Alcántara», del cronista Frey Francisco Rades de Andrada, primorosa y rara edición del año 1572, tesoro utilísimo en nuestra particular y modesta biblioteca.

En los últimos años de su vida Don Tiburcio Ruiz de la Hermosa, que ya había vigorizado la Adoración Nocturna, las distintas ramas de Acción Católica y diversas asociaciones piadosas y cofradías de Semana Santa, se incorporó entusiasmado al movimiento renovador de los Cursillos de Cristiandad, que supo comprender como

uno de los más eficaces métodos de apostolado seglar. Y si hubiera vivido la transformación contemporánea, «renovación sin estridencias», derivada del Concilio Vaticano II, estamos seguros de que ensamblaría su ejemplaridad espiritual de «cura viejo» con las innovaciones litúrgicas de la Iglesia, inmutable y eterna en sus esencias seculares de amor, de fe, de esperanza, de trascendencia ecuménica y de transformación social.

Una terrible y larga dolencia, que hizo necesarias dos intervenciones quirúrgicas, fue minando la naturaleza fuerte del octogenario enfermo. Al fin, el 14 de enero de 1959 rindió su vida santamente nuestro querido y venerado Don Tiburcio. ¡Daimiel se vistió de luto! Y también su Arciprestazgo y su Diócesis, como se hizo patente en el acto impresionante de su entierro, manifestación de dolor como no se recuerda ni quizá vuelva a repetirse.

Ciertamente que son nada las pompas y vanidades de los humanos. Pero aquí, en la cripta de la capilla del Sagrario de «su» Parroquia de San Pedro, donde por especial concesión tiene sepultura, yacen los restos mortales de Don Tiburcio bajo lápida con elocuente y elogiosa inscripción latina.

Y allí, como en diaria peregrinación, van los daimieleños a recordarle, mientras sus labios pecadores musitan una oración, pidiendo que interceda por ellos y por nosotros, a él, que sin duda estará en los Cielos.

F. P. E.

Fontanería GUILLERMO MOYA

CASTILLEJOS, 11

DAIMIEL